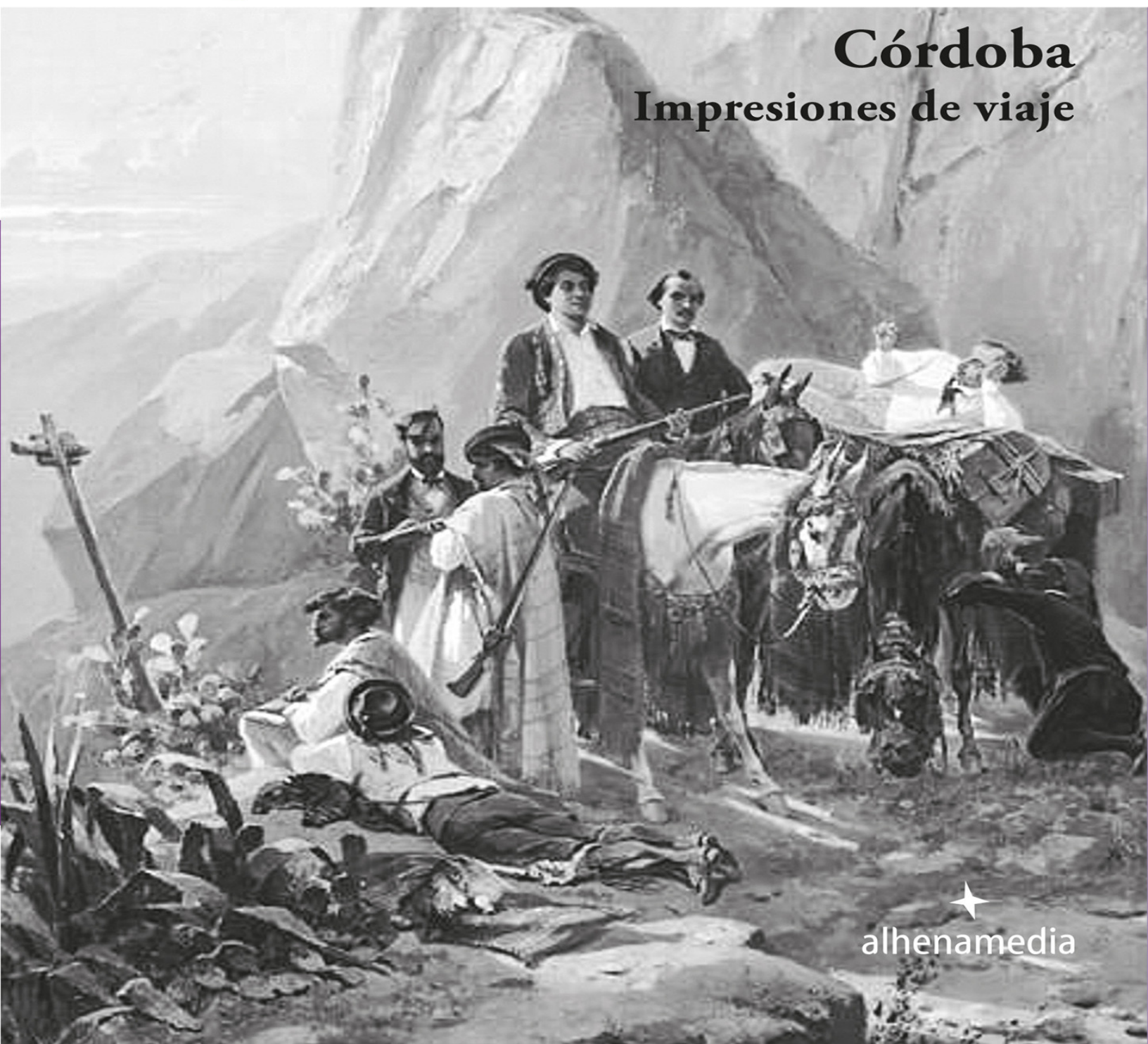


PAR UN SOLO REINO, NO CONSENTIRÁN JA

Alejandro Dumas

Córdoba
Impresiones de viaje

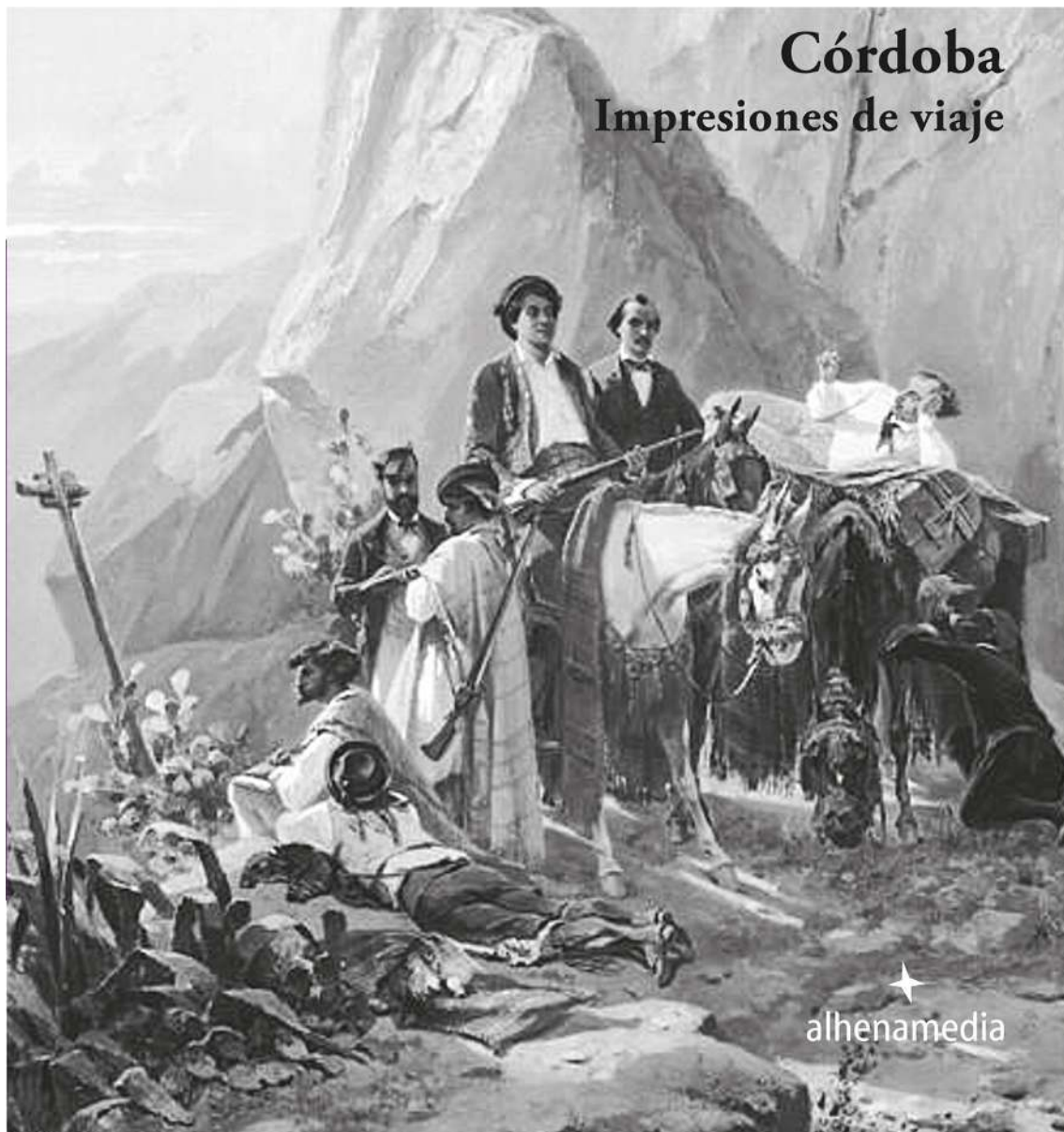


★
alhenamedia

PAR UN SOLO REINO, NO CONSENTIRÁN J

Alejandro Dumas

Córdoba
Impresiones de viaje



★
alhenamedia

ALEJANDRO DUMAS

CÓRDOBA

IMPRESIONES DE VIAJE

TRADUCCIÓN DE PILAR GARÍ AGUILERA



Título original: *De Paris à Cadix*, de Alejandro Dumas

© de la traducción, Pilar Garí Aguilera
© de esta edición, 2015 by Alhena Media

Publicado por:

ALHENA MEDIA

Rabassa, 54, local 1

08024 Barcelona

Tel.: 934 518 437

alhenamedia@alhenamedia.info

www.alhenamedia.info

Reservados todos los derechos. Ningún contenido de este libro podrá ser reproducido, ni total ni parcialmente, sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright.

CONTENIDO

- I. Bayona, 5 de octubre por la tarde
- II. Bayona, 5 de octubre de 1846
- III. Córdoba
- IV. Córdoba, 4 de noviembre
- V. Córdoba
- VI. Córdoba
- VII. Córdoba
- VIII. Córdoba
- IX. Córdoba
- X. Córdoba, noviembre
- XI. 7 de noviembre
- XII. Córdoba, 7
- XIII. Córdoba
- XIV. Córdoba, 8

NOTA DEL EDITOR

LOS TEXTOS REUNIDOS en este volumen son un extracto de *De Paris à Cadix, impressions de voyage*, publicado por Editions François Bourin. La versión que ha servido para realizar la presente edición es la de Sílex Ediciones, de 1992.

Los textos reunidos son los dos capítulos iniciales, escritos a modo de introducción desde Bayona por el autor, y los escritos desde Córdoba.

Las descripciones que hace Alejandro Dumas de la ciudad de Córdoba y sus gentes, y de Sierra Morena son de tal belleza y concisión, que entendemos bien merecen aparecer en un único volumen.

Bayona, 5 de octubre por la tarde

Señora,

EN EL MOMENTO de partir me hizo prometer que le escribiría, no una carta, sino tres o cuatro volúmenes llenos de ellas. Tenía razón usted, que no en vano me sabe apasionado para las cosas grandes y olvidadizo para las pequeñas, presto a dar pero no a dar a cambio de poco. Se lo prometí; y, como ve, al llegar a Bayona empiezo a cumplir mi promesa.

No me hago en absoluto el modesto y no oculto que estas cartas que le dirijo se imprimirán. Confieso incluso, con la impertinente ingenuidad que, según sea el carácter de quienes me frecuentan, me granjea tan buenos amigos y tan ardientes enemigos; confieso incluso, digo, que las escribo con esa convicción; pero tranquilícese, esa convicción no cambiará nada el estilo de mis epístolas. El público, transcurridos quince años desde que me puse en contacto con él por primera vez, ha tenido a bien acompañarme por los diferentes senderos que he recorrido y que, a veces, yo mismo he trazado a través de este vasto laberinto de la literatura, desierto siempre árido para unos, selva siempre virgen para otros. Espero, pues, que en esta ocasión me acompañe de nuevo con su habitual benevolencia por el familiar y caprichoso camino desde donde le hago señas para que me siga y por el que voy a adentrarme por primera vez. Además, el público no perderá nada; un viaje como el que emprendo, sin ningún itinerario fijo, sin ningún plan trazado, un viaje sometido, en España, a las exigencias de las carreteras, y en Argelia, al capricho de los vientos; un viaje semejante se acomodará maravillosamente a la libertad epistolar, libertad casi ilimitada, que permite descender a los detalles más vulgares y alcanzar los temas más elevados.

Finalmente, aunque no fuese más que por el encanto de verter mi pensamiento en un nuevo molde, de obligar a mi estilo a pasar por un nuevo crisol, de hacer destellar alguna nueva faceta de esa piedra que

extraigo de la mina de mi espíritu, diamante u oropel, y que el tiempo, ese lapidario incorruptible, se encargará de tasar en su justo precio; aunque no fuese más que por el encanto mismo, digo, sucumbiría a él. Usted sabe, señora, que la imaginación es, en mi persona, hija de la fantasía, aun sin ser la fantasía misma. Me dejo, pues, llevar por el viento que me arrastra en este momento, y le escribo...

Y le escribo porque es usted a la vez un espíritu grave y festivo, serio e infantil, correcto y caprichoso, fuerte y encantador; porque su posición en el mundo no le permite decirlo todo, pero sí oír lo que quiera; porque, se trate de costumbres, literatura, artes y yo diría que incluso ciencias, todo le resulta familiar; finalmente porque, si me permite que se lo diga, o más bien que se lo repita, puesto que creo habérselo dicho muy a menudo, finalmente, porque el elemento más necesario para favorecer esta inspiración que el público tiene a bien reconocerme es a veces la charla, ese huésped espiritual de nuestros salones que tan raramente encontramos más allá de las fronteras de Francia, y escribirle será como seguir charlando pura y simplemente con usted. Es cierto que el público estará de oyente en nuestra conversación pero nuestra charla no se resentirá de ello. Tengo comprobado que siempre que intuyo la presencia de un oyente indiscreto con la oreja pegada a la puerta, se me agudiza el ingenio.

Sólo queda una cuestión; usted huye de cualquier publicidad y tiene razón; la publicidad de nuestros días es a menudo la injuria. Para los hombres la injuria no es más que un accidente que se rechaza y se vence. Pero para la mujer la injuria es algo más que un accidente, es una desgracia, porque, al tiempo que deshonra a quien la pronuncia, mancilla a la que la recibe. Cuanto más blanco es un vestido, más visible resulta la menor salpicadura que lo alcanza.

Vea pues lo que le propongo. En esa bella Italia que tanto ama usted hay tres mujeres benditas que tres divinos poetas hicieron célebres. Estas mujeres se llaman: Beatriz, Laura y Fiametta. Escoja uno de estos tres nombres, y no tema que por ello vaya yo a creerme nunca Dante, Petrarca o Bocaccio. Puede llevar, como Beatriz, una estrella en la frente; como Laura, una aureola en torno a la cabeza; o, como Fiametta, una llama en el seno; puede estar tranquila, mi orgullo no se quemará en ella. En su próxima carta me comunicará con cuál de

estos nombres debo escribirle, ¿no es así? ¿Tengo alguna cosa más de este tipo que decirle? No, creo que no.

Muy bien. Pues ahora que ya he concluido mi pequeño prefacio, permítame que le exponga en qué condiciones parto, por qué motivo la abandono y con qué probables intenciones volveré. Existe en este mundo un hombre de una gran inteligencia cuyo carácter ha resistido a diez años de Academia, su urbanidad a quince años de debates parlamentarios y su benevolencia a cinco o seis carteras ministeriales. Este político empezó siendo hombre de letras y, cosa rara en los políticos, al no redactar más que leyes, acabó envidiando a los que todavía redactan libros. Cada vez que le ofrecen alguna de esas cosas que hacen que se abra una flor o madure un fruto sobre el eterno árbol del arte, la toma con rapidez, cediendo al primer impulso, justo al contrario de aquel político que nunca cedía a ese arrebató; ¿sabe por qué? Porque era el bueno.

Pues bien, un día a este hombre se le ocurrió la idea de ver con sus propios ojos la ardiente tierra africana, inmortalizada por tanta sangre fecunda y tantas hazañas, y que tantos intereses opuestos atacan y defienden. Partió entre dos sesiones y, a su regreso, como este hombre me tiene en cierta estima, quiso, impresionado por la grandeza del espectáculo que acababa de ver, quiso, digo, que yo viera a mi vez lo que él había visto. ¿Por qué tenía ese deseo? le preguntará su banquero.

Porque, en algunas almas —las que sienten con fuerza, sinceridad y profundidad—, existe una invencible necesidad de compartir con los demás las impresiones que han recibido; les parece que, guardar para sí mismas esos asombros del pensamiento, esos sublimes estremecimientos del corazón que siente toda organización superior ante las obras de Dios o las obras maestras de los hombres, sería un egoísmo estrecho y vulgar. Buckingham dejó caer un diamante magnífico en el mismo lugar donde Ana de Austria le había confesado que le amaba. Quería que otro fuera feliz allí donde él mismo lo había sido.

Una mañana, pues, recibí una invitación a comer que me enviaba el ministro viajero, el ministro académico, el ministro ilustrado. Hacía aproximadamente dos años que no le veía; ello era debido a que

ambos estábamos muy ocupados; si no fuera por eso, a pesar de lo que pudieran decir mis amigos republicanos, liberales, progresistas, fourieristas y humanitarios, declaro que lo vería más a menudo. Como había supuesto, la invitación no era más que un pretexto, un medio de encontrarnos uno frente al otro en una mesa que no fuera exactamente un escritorio. El motivo del encuentro era hacerme una doble proposición: la primera, asistir a la boda de su alteza el duque de Montpensier en España; la segunda, visitar Argelia.

Hubiese aceptado, agradecido, una de las dos cosas, con mayor razón ambas a la vez. Así pues, acepté. Se trataba, le dirá su banquero, de una especulación muy poco razonable, porque abandonaba *Balsamo* cuando todavía no he publicado más que la tercera parte y dejaba mi teatro a medio construir. Qué quiere, señora, yo soy así, y a su banquero no le va a resultar fácil corregirme. Es verdad que soy yo quien da a luz la idea que nace en mi cabeza; pero, en cuanto ha nacido, esta hija ambiciosa de mi pensamiento, en vez de salir como Minerva, se queda allí hospedada, se aferra, se adueña de mi espíritu, de mi corazón, de mi alma, de toda mi persona al cabo, y en vez de la esclava dócil que debería ser, se convierte en dueña absoluta y me obliga a hacer algunas de esas solemnes tonterías que los sabios censuran, los locos aplauden y las mujeres recompensan a veces.

De modo que he tomado la decisión de dejar aparcado *Balsamo* y de abandonar, por el momento al menos, mi teatro. Se habrá percatado de que ante el sustantivo *teatro* he colocado el adjetivo *mi*. No lo he hecho por descuido. En pura lógica hubiese debido decir *nuestro* teatro, de sobra lo sé, pero, ya ve, soy como esos padres imbéciles que no pueden evitar decir *hijo mío*, aunque el niño haya sido amamantado por una nodriza y educado por un profesor.

En relación con esto, deje que haga una pequeña digresión inspirada por este pobre teatro sobre el cual se han dicho tantas tonterías que ya sólo cabe esperar que no perjudiquen a las que faltan todavía por decir. Lo que le voy a contar es algo que nunca nadie ha sabido a ciencia cierta: se trata del secreto de su nacimiento, del misterio de su encarnación. Todo alumbramiento es curioso. Escúcheme, pues, un instante, después volveremos a Bayona, y le prometo que esta tarde

sin falta, a menos que el coche estafeta se rompa, partiremos hacia Madrid.

¿Recuerda la primera representación de los *Mosqueteros*, no de los *Mosqueteros de la Reina*, que nunca ha tenido mosqueteros, sino los mosqueteros del rey?... Al estreno, en el Ambigu, asistía Su Alteza el duque de Montpensier. Al contrario que mis colegas, los autores dramáticos, que, en el momento supremo, se hacen juzgar en rebeldía escondiéndose tras los bastidores o tras el telón de fondo y que sólo se aventuran por algún practicable cuando el aplauso les solicita o un silbido les inquieta; yo, al contrario que ellos, me enfrento a los aplausos o silbidos de la sala y lo hago, no me atrevería a decir que con indiferencia, pero sí con una tranquilidad tan perfecta, que he llegado a ofrecer mi hospitalidad en el palco a algún viajero desconocido y, al perderme por los pasillos, haberlo abandonado o más bien verme abandonado por él, sin que hubiera sospechado que había pasado la velada con el propio autor de la obra que había estado aplaudiendo o silbando.

Yo estaba, como iba diciendo, en un palco frente a Su Alteza, con quien nunca había tenido el honor de hablar, y, en actitud que convendrá usted que puede permitírsele al autor, me distraía observando en el real rostro, cuyos rasgos reflejaban todavía la juventud más espontánea, las diferentes emociones, buenas o malas, que hacían que naciera una sonrisa en sus labios o pasara una nube por su frente.

¿No ha sentido alguna vez al centrar su atención en un solo objeto, despreocupándose del resto de los que le rodean, que se sumerge en un ensueño tal que sus ojos dejan de ver y sus oídos de escuchar hasta que todo, excepto el objeto privilegiado de su mirada, desaparece de su entorno? Sí, ¿verdad?, le ha ocurrido alguna vez; y no eran precisamente los momentos en que menos vivía, aquellos en los que parecía sin vida. Verdaderamente, la contemplación del augusto joven despertaba en mí todo un mundo de recuerdos.

Existió, hace ya mucho tiempo, un hombre al que yo quería al mismo tiempo como a un padre y como a un hijo, es decir, con el más respetuoso y el más profundo de los amores. ¿Cómo pudo, casi de buenas a primeras, conquistar esa suprema influencia sobre mí? Lo

ignoro. Hubiera dado mi vida por salvar la suya; es todo lo que puedo decir. Él también me tenía en alguna estima, estoy seguro; de otra forma, ¿cómo se explica que me concediera todo lo que le pedía? Es verdad que sólo le pedía cosas que casi convierten a quien las otorga en deudor de quien las solicita. Sólo Dios sabe cuántas limosnas misteriosas y santas he repartido en su nombre. En este momento hay un corazón que late y que estaría helado, una boca que reza y que estaría muda, si no nos hubiéramos encontrado en el mismo camino o simplemente si yo no hubiera implorado piedad cuando los demás imploraban justicia.

Hay desgraciados que no creen en nada, débiles que siempre dudan de la fuerza, eunucos de corazón que buscan la razón de lo viril y que calumnian todo lo viril que no comprenden. Algunos de ellos descubrieron que este hombre me pasaba una pensión de mil doscientos francos, otros, que me había ofrecido, de una sola vez, cincuenta mil escudos. Y, que Dios me perdone, escribieron eso en alguna parte, no sé dónde. Le diré, señora, lo único que recibí de él en toda su vida, por desgracia demasiado corta: una estatua de bronce la noche en que se representó *Calígula* y, el día después de su boda, un paquete de plumas. Es cierto que la estatua era una obra original de Barye, y que con el paquete de plumas escribí *Mademoiselle de Belle-Isle*. Hamlet tenía toda la razón cuando decía: «*Man delights not me!*» No me gusta el hombre, si es que los que escriben semejantes infamias merecen llamarse hombres.

Estos eran los recuerdos que se agitaban en mi interior y hacían que fijara la mirada en el príncipe. Este otro príncipe era su hermano. De repente vi que Su Alteza el duque de Montpensier se echaba hacia atrás y palidecía. Busqué la causa de la desagradable sensación que acababa de experimentar; mis ojos se desplazaron de su palco al escenario y sólo necesité una mirada para comprenderlo. En el momento en que cae la cabeza de Carlos I, sobre la frente del actor que representaba el papel de Athos debía estrellarse una gota de sangre que se había filtrado a través de los tablones del patíbulo. En vez de esto, el actor tenía medio rostro cubierto de sangre. Su aspecto era lo que había provocado el gesto de repulsión del príncipe.